1º

ORACION FUNEBRE
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE ESTA CIUDAD,

A LA PIADOSA MEMORIA

DEL ILUSTRISIMO SEÑOR

D. ANDRES JOSEPH DEL BARCO,

OBISPO QUE FUE DE ESTA DIÓCESIS,

EL DIA 22 DE ENERO DEL PRESENTE AÑO,

DIXO

EL Dr. D. FRANCISCO XAVIER

ALMONACID, COLEGIAL DEL REAL Y MAYOR DE SAN CLEMENTE DE LOS ESPAÑOLES DE BOLONIA, CANONIGO MAGISTRAL DE ESTA SANTA IGLESIA DE SALAMANCA.

EN SALAMANCA.

EN LA OFICINA DE FRANCISCO TOXAR.

AÑO DE MDCCXCV.

)

Mihi vivere Christus est.
Para mí el vivir es Christo.
Paul. ad Philip. Cap. 1. v. 27.

Illmo. Señor.

En vano sería, que yo quisiera ocultar la causa que al presente nos aflige. Ese sombrío Túmulo, y el aparato lúgubre que se presenta á nuestra vista, harían inútiles mis esfuerzos, y publicarían, á pesar mio, qual es, y quanta la pérdida que motiva en este dia nuestro vivo sentimiento. Sí, sabio y noble Auditorio: sobrado claro manifiestan los cánticos doloridos, que acaban de resonar en este Augusto Templo, y la pesada tristeza que yo registro en vuestros semblantes, que llora esta Santa Iglesia la muerte de un Esposo que la amaba con extremo; y que todos vertemos amargas lágrimas, porque aque-

lla muerte cruel nos arrebató un amoroso Padre, que nos servia de dulce apoyo, y era todo nuestro consuelo. En efecto: no es menor, Señores, no es menor la pérdida con que el Cielo nos castigó, algunos meses hace, y cuya memoria os voy á renovar, aunque sea á costa de mi corazon. Sí: ella me representa allá en su fondo, como en claro espejo arrojado por tierra con caida irreparable á aquel, que tantas veces alargó su mano benéfica para levantar á muchos caidos. Ella me dice: he ahí yerto Cadaver: observa devorada por fiera pésima la vida de aquel, que la conservó á tantos con sus copiosos socorros. ¡Quánto es, Señores, lo que hemos perdido! ¿Pero quién será el esforzado, capaz de contemplar con frente serena espectáculo tan cruel y tan acerbo? Yo me siento desfallecer á los primeros pasos. ¿Quién me diera el verme libre de la dura necesidad en que me hallo? ah! y si me fuera lícito el cubrir con el velo del silencio el triste suceso, de que os he de hablar,

mas que me pese! Y á la verdad: ¿no sería este el partido mas cuerdo y mas prudente? ¿No es el silencio, segun ponderaba el Niseno en ocasion semejante, no es por ventura aquel medio oportuno que amortigua nuestras penas al paso que cubre nuestras desgracias? ¿No es igualmente cierto, que el hablar de la muerte de una persona que nos fue muy amada, segun decia el Padre San Gerónimo en la de Paulina, lejos de curar la llaga del sentimiento, la exâcerba y la hace mas profunda?

Pero levantemos la mano de reflexîones, que por sólidas que sean, no han de surtir efecto. Yo al fin, pues mi destino así lo dispone, yo al fin he de cometer la crueldad de abriros de nuevo, y de abrirme la herida, que iba ya el tiempo cerrando. Aquella dolorosa herida que nos ocasionó la inhumana, la inexôrable parca en el dia diez y siete de Abril del año pasado de noventa y quatro, quitando la vida á nuestro Illmo. y amabilísimo Prelado Don Andres Joseph del Barco, Jaymes de

Espinosa. Robando la vida mas preciosa é importante al Prelado mas bueno, mas justo, mas benéfico, mas pacífico. Separando para siempre y en pocos momentos de entre nosotros á un Padre amable en extremo, el mas amante, y el mas amado de sus hijos. A un Padre, cuya vida debia contar, segun nuestros generales votos, multiplicados siglos. ¡Qué pérdida, Señores, para nosotros tan considerable! ¡Quáles y quántas las amargas conseqüencias de un golpe tan terrible! Golpe uno solo al parecer; ¿pero quántos fueron los que resultaron heridos y lastimados? Aunque su maligna influencia cargó mas de lleno sobre los Familiares y Domésticos, víctimas hoy del dolor, y afortunados entonces quando lograban la venturosa suerte de vivir á la sombra de un patrono tan excelente; á todos nos alcanzaron sus funestos efectos. Sí Señores: yo puedo deciros con la misma oportunidad, con que lo dixo el Padre San Bernardo en las Honras del Exemplar Gerardo, que todos hemos pade-

cido con la pérdida del Sr. Barco; porque ella nos ha privado á todos de un Prelado virtuoso, que nos edificaba con sus exemplos; de un Maestro, que nos iluminaba en nuestras dudas; de un Padre, que nos acogia con la mayor benignidad; de un bienhechor, que nos remediaba; de un Pastor:::: ¿Pero quién será capaz de apurar quanta ha sido la furiosa avenida de males que ha cargado sobre nosotros, como resulta de la muerte sensibilísima del Sr. Barco? Dia por cierto lóbrego y aciago en extremo aquel que nos colmó de tamañas desgracias. ¡O dia en verdad fatal aquel, que envidioso de nuestra feliz suerte, nos la acibaró arrebatándonos de entre las manos el bien incomparable que gozabamos suave y pacificamente! Ojalá que el Sol le hubiera negado sus luces, ó que jamás hubiera amanecido. ¡O! ¿dia diez y siete de Abril, dia terrible sobre manera, ó Jueves de la Cena del año de noventa y quatro, hasta donde pretendes llevar tu fiera inhumanidad? ¿Sobre la Iglesia Salmantina, anegada

actualmente en lágrimas por las tristes memorias, que de presente renueva de la Pasion y Muerte de su adorable Redentor y Padre Celestial, vas á descargar el golpe fatal de privarla del Angel Tutelar que le destinó el Cielo para su defensa y custodia, de quitar la vida á su Esposo, que era el único apoyo que le quedaba sobre la tierra? ¿Quál inaudita crueldad la de añadir afliccion al afligido; y la de poner el último colmo á la desolacion y á la horfandad? ya está visto que son sangrientas tus miras, y que has concebido el bárbaro designio de obligarnos á beber hasta las heces del Caliz amargo.

Basta. No demos, Señores, mas vuelo á nuestra desgracia, ni seamos verdugos de nosotros mismos insistiendo en melancólicas consideraciones. Volvamos nuestros ojos á objetos mas agradables que suavicen nuestra justa pena. Convirtamos con una ingeniosa economía el objeto de nuestro dolor en materia de consuelo. Sí: desentrañemos, á exemplo de Sanson, el Leon misterio-

so, y encontraremos, como él, dentro de su boca un dulce panal, que temple y corrija nuestra amargura. Pongamos de manifiesto el precioso tesoro que en sí encierra nuestro difunto Prelado de riquezas antiguas y nuevas, de acrisoladas virtudes, y de méritos brillantes. Fixemos en él nuestra consideracion, y observaremos sin duda, que á su agradable vista calman y se sosiegan nuestras inquietas congojas. ¿Pero qual triste consuelo es, Señores, el que yo os propongo? ¿No es por ventura cierto, que quanto es de mayor valor el bien poseido, se hace á proporcion mas sensible y mas dolorosa su pérdida? Con todo: no desisto de mi pensamiento, porque comprehendo que él es el único en las presentes amargas circunstancias para nuestro consuelo y edificacion. Vuestra propia experiencia acreditará esta verdad, si mi fortuna quiere, que yo sea feliz en exponeros los inumerables bienes que acopió el Sr. Barco en su virtuosa vida.

Yo os le voy á proponer como un

discípulo enteramente prendado de su divino Maestro Jesu-Christo, que se propuso por norte y tema de toda su vida aquellas palabras del Apostol S. Pablo, escribiendo á los Filipenses: *Mihi vivere Christus est.* Para mí el vivir es Christo: Y que lo verificó á la letra, siguiendo los pasos del Apostol, y en manera no desemejante á la con que lo cumplió el Santo. Sí Señores: el Sr. Barco hizo á su amado Jesu-Christo una solemne oferta de su vida; la consagró toda á su servicio, y le protestó con las mayores veras, que él no queria, ni deseaba vivir sino para servirle. Sí, adorable Jesus mio: repetia el Piadoso Prelado en los continuos transportes de su corazon: Vos sois mi vida; y si mi vivir no sois Vos mismo, desde luego me es insufrible, desde luego lo renuncio. Yo viviré gustoso sobre la tierra, siempre que mis movimientos y mis obras sean dedicadas á vuestro honor y á vuestra gloria, ó cedan en provecho de mis próximos: quando no hayan de ser tales mis ocupaciones, borradme con an-

ticipacion del número de los vivientes. Sepa el mundo que no ha de tener la parte mas mínima en mi vida: que renuncio para siempre sus diversiones y sus conveniencias, porque mis delicias han de consistir en conversar con mi Dios, y en ocuparme en el negocio de la salvacion de las almas. Si en virtud de està solemne declaracion cargan sobre mí la persecucion, la ignominia, y hasta la misma muerte: entonces llegará á su colmo mi gloria y mi alegria, porque mis ganancias son el morir por Christo. *Mihi vivere Christus est, mori autem lucrum.*

Este es, Señores, el caracter del Sr. Barco, segun ireis observando en la série de acciones que texieron su preciosa vida, si teneis la bondad de escucharme. Entonces le vereis, como un zeloso operario en la viña del Señor, dedicado enteramente á dar gloria á Jesu-Christo su Dios, y á promover la santificacion de su próximo. Yo os protesto que en quanto diga, no discreparé de los informes fidedignos que se me

han confiado; y que no pretendo en todo ello de vosotros otra creencia, que la que merece la fé humana.

Sed Vos, Espíritu Divino, el autor de todo mi presente razonamiento. Sean dictadas por Vos mis palabras, para que salgan de mi boca limpias de toda lisonja ó falsedad, y llenas de uncion santa, que las haga provechosas á mis oyentes. Gobernad, Señor, mi lengua, para que no se desmande á proferir frases engañosas, que deshonren la Cátedra de la verdad en que me hallo, ó profanen el Sagrado Ministerio que exerzo.

I.

Me hallo ya en el momento de hablaros circunstanciadamente de la dignísima persona del Sr. Barco, y apenas sé por donde dar principio. Son tantas las virtudes christianas, á competencia perfectas y excelentes, que desde luego me presenta; tantos los gloriosos hechos, que me ofrece de un golpe su

exemplar vida, que indeciso y perplexo ignoro á qual conceder la preferencia. El peso, Señores, de tanta abundancia me oprime y me confunde. Ahora comprehendo, como no es empresa menos dificil la de elogiar dignamente á un sugeto, cuya vida está llena de rasgos luminosos, que á quel que ninguno tiene digno de consideracion; porque si en este falta materia al elogio, en aquel es muy expuesto que falte el elogio á la materia; y que queden defraudadas muchas generosas acciones de sus merecidas alabanzas. Esta será sin duda, con mucho sentimiento mio, la desgracia que cabrá al distinguido mérito del Señor Barco, por haberse confiado su fúnebre panegírico á una mano poco diestra, y nada experimentada en semejantes composiciones. ¡Quanto brillarian sus gloriosas acciones: ó baxo de qué aspecto tan agradable se presentarian á vuestra vista, si las manejase un Orador eloqüente, qual era el que ellas merecian! Yo os aseguraria tambien esta fortuna, si el discurso que vais á oir,

fuese única obra de mi corazon, y no de mi escaso talento.

Pero rompamos dificultades, y aprovechemos los momentos. Yo pongo mano á mi empeño, fiado en que vuestra discreta bondad cubrirá mis defectos, y repondrá en su justo lugar aquellas partes de mi Oracion, que pronunciase sin su debido orden. Ya os he dicho, que os he de presentar al Sr. Barco baxo del caracter de un hombre justo, cuyo vivir era Jesu-Christo; y que consagró toda su vida á cosas de su divino agrado y servicio. Dad pues por supuesto, que no me oireis hablar del Sr. Barco, sino como de una persona muerta al Mundo; desconocida del Mundo; agena, y enteramente abstraida de sus estilos y comercio; é ignorante de su lenguage falaz y de sus perniciosos artificios. De una persona, que vivia en el Mundo, como si no viviera en él: que habitaba en la tierra, pero que conversaba en el Cielo, porque su vida estaba escondida en Dios con Christo. No espereis, Señores, os prevengo, el oirme

el lenguage de la prudencia de la carne, ó que yo os presente en nuestro piadoso Prelado alguno de aquellos héroes aplaudidos por el Mundo, que inmortalizaron su fama con vastos ambiciosos proyectos, con acciones ruidosas, ó en virtud de aquellas expediciones brillantes, que tanto congenian con el espíritu del siglo; y en que tanta parte suelen tener el orgullo y vanidad del hombre carnal. Esta gloria del Mundo, esros atavíos exteriores no dicen bien al alma grande del Sr. Barco; no los apetece; los aborrece antes sí por el contrario. Toda la gloria y hermosura de la hija del Rey, segun la frase del Real Profeta, esto es, del alma santa, es interior, es toda compuesta de gracias y dones celestiales. A esta gloria interior, que es la única verdadera y apreciable, por mas que el Mundo la desconozca y desprecie, aspiró su Illma. con vehemencia; y hácia ella dirigió todos los pasos de su vida, como ireis observando conmigo, si me continuais vuestra atencion.

impone de sobresalir entre los demas con acciones honradas y christianas? La providencia me ha preparado una descendencia escogida de padres esclarecidos. ¿No es por ventura proponerme en el mismo hecho nobles modelos que debo imitar, y no obscurecer con mis viles procederes? Lo cierto es, concluía con el Apostol, que si la raiz es santa, no deben ser inútiles las ramas; ó que si el arbol es bueno, deben serlo igualmente sus frutos. Estas eran, Señores, las sábias reflexîones que se hacia el Señor Barco con motivo de su nobleza, y las que se propuso por regla para gobierno de sus acciones. Vamos descendiendo á particulares.

De los malos, dice el Profeta, que se apartan del camino recto desde el seno de sus madres. Yo os puedo asegurar por el contrario del Señor Barco, que apenas salido del de la suya, parece corrigió el vicio de la naturaleza, y que se declaró por el partido de la justicia. Sus primeros años fueron ya primicias ofrecidas á Dios; porque desde enton-

ces sus acciones ya no eran entretenimientos pueriles, vanos, ó perjudiciales, sino ocupaciones con cierto ayre de rectitud, y séria moderacion, que parecia agena de su tierna edad. Eran unos verdaderos ensayos para las virtudes. El empezó desde luego á ser un niño de muchos años; por manera, que su amable compostura, su genio pacífico, su caracter docil, humilde, y plenamente subordinado á sus mayores, eran nobles prendas que le hacian sobresalir entre los demas niños de su tiempo, y le robaron el cariño y predileccion de su Padre en términos, que dieron motivo á celos entre sus hermanos. Me atrevo á deciros que la virtud, que suele ser fruto tardío de la gracia, se anticipó en el Señor Barco al uso de la razon. Lo cierto es, que él levantaba sus inocentes manos hácia el Criador en ademan de entregarle su corazon, quando era todavia incapaz de conocer la criatura. ¡Qué principios, Señores, tan felices! ¡Qué semillas de santidad tan excelentes! ¡Quánto de grande pro-

meten para lo sucesivo! ¿Un dia que amanece tan sereno y placentero, podrá anunciarnos nieblas y tempestades? ¿Pero quién no conoce que este hermoso conjunto de bellas qualidades es efecto de las bendiciones de dulzura, con que el Señor iba labrando al Sr. Barco para los designios mas altos, y preparándole para que fuese algun dia un Profeta y Juez en Israel? La experiencia nos hará ver verificada la verdad de este anuncio.

Al paso que crece en edad el Señor Barco, va creciendo igualmente en sabiduría y bondad. Contemplemosle para prueba ya mas entrado en los años de su juventud. ¡Qué época esta, Señores, tan temible para un alma justa! ¡Quántos son los enemigos que la cercan! ¡Quántas las pasiones que braman á su rededor con el maligno intento de devorarla! ¡Quántos los peligros que la amenazan su ruina! ¡Quántos los escollos en que puede estrellarse, y encontrarla! Pero penetremos adentro del corazon del Señor Barco, y observaremos

con asombro, que allí reyna una calma apacible en medio de una tempestad desecha. Que él vive con frescura, hallándose rodeado de llamas abrasadoras. Que él espera con frente serena las furiosas acometidas de las pasiones, y las sufoca. Sí Señores:: yo me figuro al alma pura y casta del piadoso Prelado andando en medio de los ardores de los apetitos juveniles, con la serenidad misma con que lo hicieron allá en el horno encendido de Babilonia los tres inocentes Jóvenes, haciendo Coro con ellos en los Divinos Cánticos. A mí se me representa lidiando con los Leones de sus pasiones con igual valentía y feliz suerte, á la con qué lidiaba con los del campo, y los vencia, quando joven, el Santo Rey David. Ah! yo bien sé, yo bien sé que el Señor Barco en su juventud vivió, sí, entre las delicias de los Babilonios; pero sin tocar jamás á sus viandas; ni embriagarse con su vino. ¡Quánto es, Dios Omnipotente, el valor del que lucha sostenido sobre el robusto apoyo de vuestro santo temor!

¡Quanta verdad, la de que nada debe temer ni temblar el que á Vos os teme!

Fue en efecto este santo temor de Dios, de que se hallaba penetrado el corazon del Señor Barco, el que le proporcionó aquellas victorias, y sirvió de salvaguardia para custodiar el candor é inocencia de sus costumbres. Y el mismo temor santo fue el origen fecundo de los rápidos progresos que hizo en el estudio de las ciencias. El sabia que es vana y de ningun momento la sabiduría que no tiene allí su principio. El tenia premeditado muy seriamente, que todo lo ignora aquel hombre que no sabe temer á Dios y observar sus Mandamientos; y le parecia que siempre estaba hablando con él aquella infalible máxîma del Eclesiástico: *Teme á Dios, y guarda sus Mandamientos, porque en esto consiste todo el Hombre.* Esto es, en ello se cifra toda su sabiduría y vida espiritual. E íntimamente persuadido de estas verdades indefectibles, formó la inviolable resolucion de caminar en toda la carrera de sus estudios baxo la

direccion y tutela del temor santo de Dios, y levantar el edificio de sus conocimientos científicos sobre este sólido cimiento. Asi á la letra lo verificó, nivelando todos los pasos de su carrera literaria por la regla santa que se habia propuesto. Si se retira enteramente del bullicio de las gentes para entregarse de lleno al estudio que tenia entre manos: si pone en vivo movimiento los despejados talentos de que se hallaba dotado: si fomenta y acalora aquellas felices semillas, con que habia enriquecido su alma el Artífice Soberano: todo era para cumplir con los deberes de conciencia que su presente estado le imponia. Todo era con la mira de negociar por medio de sus fatigas aquella ciencia, que ilustra el entendimiento, y no le fascina: aquella ciencia que rectifica la voluntad, y no la pervierte. Aquella ciencia, que edifica y no destruye. Aquella ciencia, que sabe á Jesu-Christo, y respira sus adorables máxîmas. Si por cierto: la ciencia que buscaba ansioso el Señor Barco con su es-

tudio porfiado, era aquella que descubre en las criaturas vestigios claros del Criador, para llamar hácia él la principal atencion del hombre. Era aquella, que le proporcionase por el conocimiento de las cosas visibles una subida facil á la contemplacion de aquel Dios invisible, que era el imán que arrebataba toda su voluntad.

¿Cómo era pues posible, que el Cielo no prosperase y bendixese estudios tan bien dirigidos y combinados. Los bendixo en efecto: y los recompensó con una copia abundante de conocimientos útiles, y de doctrina sólida y escogida. Si Señores: el Sr. Barco consiguió la ciencia por la que tanto habia trabajado: llegó en virtud de una infatigable aplicacion á penetrar sus arcanos, y verdades mas recónditas: y se mereció á todo rigor el augusto nombre de Sabio, ó de Teólogo consumado. El pudo decir con verdad: encontré por buena suerte la amable sabiduría, por cuyo logro he suspirado tanto. Ya, ya entró mi alma en el goze de sus

preciosos tesoros. ¿Pero qué estraño que cupiese tanta fortuna al alma buena del Señor Barco? Ella se entregó á la inquisicion de la sabiduría dotada de aquella serenidad, de aquel sosiego interior, que tanto vale para descubrirla por el medio de meditaciones profundas. Su entendimiento, sin otro objeto que el de este importante descubrimiento, y libre por otra parte de aquellas agitadas pasiones que le perturban, que le ofuscan y empañan su claridad, dedicó al intento todas sus luces perspicaces. ¿Qué maravilla pues, que la sabiduría se prestase toda á una alma, á un entendimiento, que la buscaban con disposiciones tan oportunas, y por medios tan poderosos? Se les entregó en efecto sin reserva: estableció su mansion en el alma del Señor Barco, é hizo con ella una perpetua alianza. ¿Mas qué mansion; qual alianza tan genial, y tan agradable para la sabiduría? La paz es su propio lugar: *in pace factus est locus eius*: y en medio de ella vive como en su centro. ¿Pero quién no sabe que era

la paz el caracter del alma de nuestro piadoso Prelado?

Ahora comprehendo qual fue la verdadera causa de aquellos adelantamientos nada ordinarios, que hizo el Señor Barco en todas las facultades que abrazó en la carrera de sus estudios: y ya no es para mí objeto de admiracion: ni el verle en edad bien tierna perfecto Gramático, y diestro Humanista, que penetraba todo el artificio, toda la fuerza, y la belleza de la frase latina: ni el observarle sucesivamente sobresalir en las demas facultades entre sus Condiscípulos, qual elevado Cedro entre humildes Arbustos: ni el contemplarle por último colocado entre los Maestros y Doctores, á manera de uno de aquellos sábios de primer orden, cuyos dictámenes se reciben como oráculos, y á cuya voz todos los otros enmudecen. Tal es el distinguido lugar que se mereció el Señor Barco entre los Literatos de la sábia Universidad de Sevilla, y en medio de sus Concolegas, dentro de aquel célebre Colegio Mayor de Santa

Maria de Jesus, tan conocido á motivo de los sugetos eminentes que ha dado á la Religion y al Estado; y tal es, en el que yo le presento, sin recelo de ser notado de lisongero, ó de poco veridico. Estoy bien seguro de que si ocupara al presente este sitio que yo ocupo, aquella Ilustre Academia, lejos de censurar mi proposicion, la autorizaría con una muchedumbre de casos prácticos, que ocurrieron á su presencia. Ella nos haria una relacion exâcta de las repetidas ocasiones en que el Señor Barco la tuvo pendiente de su boca; y en las que le ofreció mucho que aprender, y que admirar en sus discursos sólidos y profundos, llenos de doctrina la mas sana y la mas pura. Doctrina, tomada siempre de las fuentes cristalinas de las Santas Escrituras, y enteramente agena, ó desnuda de doctas fábulas y perniciosas novedades. Doctrina dotada de cierta virtud maravillosa con el secreto, no solo de ilustrar el entendimiento, dandole á conocer el bien, sino tambien de insinuarse en la voluntad, acalorán-

dola é impeliéndola suavemente hácia el mismo bien ya conocido. Si Señores: aquella esclarecida Universidad nos diria la particular veneracion, con que siempre miró á su Doctor el Sr. Barco. Ella nos añadiria, que su nombre es y será siempre pronunciado con elogio en aquel estudio; y que su dignísima persona se registrará en todas las edades entre sus fastos, como uno de sus ornamentos mas preciosos.

III.

Pero ya es tiempo que esta abundancia de doctrina, con que ha enriquecido el Señor Barco su espíritu, se difunda y se comunique por Provincia mas vasta. No es justo que todo este bien se mantenga reconcentrado en sí mismo; ó que tanta copia de luces continue escondida, ú ocupada en meras especulaciones de la Escuela. El Señor Barco no trabajó, no se afanó para adquirir este quantioso caudal, con la mira de retenerlo, sino para comunicarlo sin envi-

dia en beneficio de las Almas redimidas con la sangre de su vida Jesu-Christo. El se propuso por objeto capital de sus estudios el proporcionarse en términos, que pudiese decir á su adorado Salvador, postrado ante su divino acatamiento: *Ecce ego mitteme:* Aqui teneis, Señor, á este siervo inutil: enviadle adonde os agrade: aplicadle á aquel destino que sea de vuestra voluntad, y en que contempleis que podrá con vuestra gracia hacer cosas dignas de vuestro servicio, y útiles para la salvacion de las gentes. Dignaos, Dios mio, declarar ya quales son vuestros soberanos designios sobre mi inutil persona; pero logre yo la gloria de acreditar en toda la série de mis dias, que solo vivo para serviros.

Los manifestó en efecto el Señor, quando dispuso la colocacion del Señor Barco en la Santa Iglesia de Cádiz, mediante la presentacion que le hizo aquel Illmo. Cabildo de una de sus Prebendas. Dios, repito, fue el autor de esta acertada eleccion, porque ninguna parte tuvieron en ella ni la artificiosa negocia-

cion, ni los porfiados empeños, que tanto acosan en semejantes ocasiones. Sola la voz poderosa de la fama de la virtud y literatura del Señor Barco, que resonaba por aquellos Reynos, fue la que llamó la atencion de los electores; la que movió sus ánimos; y la que reunió en uno todos sus votos. Si Señores: fue elegido nuestro virtuoso Prelado Prebendado primeramente, y despues de algunos años Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de Cádiz, con tal uniformidad de los vocales; con aceptacion tan general del Pueblo; y en medio de tantas festivas aclamaciones, que bien se conoció ser toda obra de la mano Omnipotente de aquel Señor, que dispone á su beneplácito del corazon del hombre, y lo vuelve é inclina hácia donde quiere. Toda clase de gentes se vistió de gala y regocijo á la vista de tales elecciones. ¿Pero si el bien, si el incomparable bien que ellas les proporcionaban en la persona del Señor Barco, era general, y habia de redundar en beneficio comun; qué estraño el que todos las celebrasen?

¿Mas quién podrá descifrar con puntualidad quantos fueron los bienes que le vinieron á la venturosa Ciudad de Cádiz, quando se hizo Ciudadano suyo el Señor Barco: ó ponderar dignamente, hasta qué grado ascendió la fortuna de aquella Santa Iglesia, en el hecho de incorporar en su gremio un Individuo de prendas tan sobresalientes? Respecto de esta no recelo decir, que si ella condecoró la persona del Señor Barco, y premió, en quanto podia, su distinguido mérito, con las Prebendas que le confirió; quedó recompensada con usuras, habiendo adquirido para sí un Prebendado insigne, que le envidiaron otras Iglesias: y aumentádose notablemente por este medio el esplendor y el nombre de su Cabildo. Adornada aquella Iglesia con tal ornamento, se ennobleció ciertamente mucho mas de lo que estaba, y se hizo mas gloriosa de lo que antes era. ¡Ah! ¡y quántas veces bendijo su acierto; quántas magnificó aquel Illmo. Cuerpo la buena suerte de vivir en compañía, en la apreciable compañía

de un hermano, cuya vida exemplar le ponia de continuo á su vista un espejo de virtud en que mirarse, y un modelo de santidad, que le sirviese de regla para gobierno de sus costumbres! Convertido á la Ciudad no dudo asegurarla, que por mas que la fama la publique del uno al otro Polo opulenta, brillante y poderosa, en virtud de las inmensas riquezas que en sí encierra, y que la atrae su floreciente Comercio; todo ello vale bien poco cotejado con la rica adquisicion que hizo en la persona de nuestro piadoso Prelado. Sí por cierto: en comparacion del nuevo tesoro que la envia el Cielo en este varon Apostólico, ninguna estimacion merecen todos los antiguos que poseía de antemano. Y á la verdad: ¿Qué valen, ni qué aprecio merecen los bienes corporales y terrenos, comparados con los celestiales y pertenecientes al alma; quales son puntualmente, los que Dios le prepara por medio de su siervo?

Hagamos aqui una breve pausa, y consideremos este particular con mayor

individualidad. Observemos al Sr. Barco ya Prebendado y Canónigo Lectoral, y veamos si en este segundo estado acredita con sus obras, que solo vive para Jesu-Christo, y para emplearse en los ministerios de su agrado. Colocado en Cádiz, se ve en medio de una Ciudad abundante en conveniencias, y surtida de mil arbitrios, para facilitar á sus moradores una vida cómoda, agradable y placentera. Añadese, que muchos de sus inumerables apasionados le brindaban con medios para que pudiese lograrla: él los tenia en sus rentas: su edad florida como que la pedia: y por otra parte, su destino exênto al parecer de ocupaciones laboriosas que le obligasen, no se la dificultaba ni impedia. Todas las circunstancias de la situacion presente del Señor Barco, como que exîgian y le aconsejaban un método de vida tranquila, regalada, y agena de afanes. ¿Pero qual lenguage es este enteramente desconocido á nuestro justo varon, y aborrecible en sumo grado? ¿Mis rentas, se dice este siervo fiel de Jesu-Christo, mis

rentas eclesiásticas, cuyo origen es tan santo, y cuyos fines deben ser los mas piadosos, se han de invertir en regalar á este vil cuerpo, y en cumplir los antojos de este saco de podredumbre? ¡Qué discurso tan escandaloso!

¿Mi destino (continúa) no me impone obligaciones en orden á promover y fomentar la reforma de costumbres, y la santificacion de las almas? ¡Qué maxîma tan errada! ¿Un Sacerdote del Altísimo, que es por su clase y por su caracter Angel nato de Dios, segun la repetida frase de la Escritura, que equivale á Nuncio del Cielo, á quien corresponde manifestar á los hombres, qual sea la voluntad del Altísimo, y quales sus mandamientos soberanos, para que se sometan, y los obedezcan: este Angel, de cuya inspeccion es la custodia de sus hermanos, y el indicarles donde están los escollos, para que los eviten, y quales son los senderos derechos por dó deben, y puedan caminar sin riesgo: ¿este Angel, este Sacerdote, este Ministro de Dios podrá sin hacer traicion á

su ministerio, ó sin abandonar su conciencia mantenerse en inaccion, y entregado á una vida ociosa, al tiempo mismo que su próximo perece de hambre de doctrina, porque no despega sus labios: ó se precipita en el abismo de su perdicion, porque él no aplica su mano para libertarlo? ¡Ah! ¡qué doctrina tan perniciosa para la Disciplina Eclesiástica, sana y ajustada al espíritu del Christianismo! ¡Qué doctrina tan opuesta á la que adoptaron los siglos felices de la Iglesia! Lejos de mí una doctrina erronea, que ha acarreado á esta Santa Madre inumerables males, y que ha hecho en su disciplina una llaga insanable. Mi edad joven (prosigue) pide algunas recreaciones, y como que repugna á una vida siempre empleada en ocupaciones sérias: ¿Pero soy yo por ventura deudor á la carne para vivir segun la carne? Es verdad que muchos de mis amigos me brindan con una vida de placer y de conveniencia. ¿Pero qual casta de amigos es, la que me propone una vida que me ocasione la muer-

te? Todo hombre (concluye el siervo de Dios) nació para el trabajo, y lejos de pretender yo ser excepcion de esta ley, deseo por el contrario abrazarla y cumplirla exâctamente. A mi me liga con dobles vínculos, por ser ministro del Altísimo: quiero pues obedecerla con multiplicados servicios.

Para verificarlo, y llevar á efecto sus designios, resolvió el Señor Barco establecer su residencia en un lugar resguardado del bullicio, y de los tumultos del siglo; pero vecino al mismo tiempo á aquellas gentes, cuya salvacion habia de ser su principalísima ocupacion. Estendió su vista para encontrarlo por una y otra parte; y desde luego la fixó, como otro Jacob, en una tierra, donde se hallaban puestas escalas, que mantenian abierta la comunicacion con el Cielo, y hacian facil el comercio de los Angeles con los hombres. Sí, Señores: á vuelta de pocas reflexîones encontró quanto deseaba en la exemplarísima Casa del grande San Felipe Neri: en aquel Oratorio Santo, á cuyas puer-

tas pende por principal divisa: *A la mayor honra y gloria de Dios*: y en donde, vivo siempre el espíritu abrasado en caridad de su incomparable Patriarca, á ninguna otra cosa se atiende, que á promover con ardor el culto Divino, y á ganar para el Señor verdaderos adoradores. Aqui colocó su mansion el Señor Barco. ¡Pero con quanto gozo y consuelo de su corazon! Aqui se mantuvo constante cerca de treinta años, á pesar del Infierno entero: y aqui hubiera acabado sus dias, á no haber dispuesto lo contrario la providencia. Puesto en esta Casa, mas bien Celestial que terrena; ¿qual habia de ser su conversacion sino de cosas del Cielo, y de los intereses de las almas? Declaró en efecto desde aquel punto guerra abierta contra el vicio; y llamó la atencion de quantos quisiesen seguir el partido de la virtud. A todos se franqueó sin reserva; y les prometió no perdonar fatiga, para allanar las dificultades, y facilitarles el camino. ¡Venturosa Cádiz; quanta es, y quan agradable la trans-

formacion de costumbres que vas á observar en tus Ciudadanos, y aun en muchos otros de los que viven en los contornos de tus murallas! A la verdad, Señores, yo me figuro, que á la manera que al amanecer el dia recobran las cosas su nativo color, y el mundo se viste y adorna de nueva gracia y belleza; en igual suerte, al aparecer la gran lumbrera del Señor Barco por aquel horizonte, se alejaron sonrojadas las negras tinieblas de los vicios; y volvieron como en triunfo al goze de su antiguo esplendor la virtud y la piedad.

Ello es cierto que en los moradores de Cádiz se advierte una conmocion general. La voz del Sr. Barco tiene no sé qué atractivo, que los pone en movimiento, y les obliga con una suave violencia, á que le sigan, ó le busquen en tropas; ya para oirle, quando les anuncia desde el Púlpito la doctrina de la Religion y de las costumbres: ya para confiarle los secretos mas reservados de su pecho, y poner en sus manos el gobierno de sus conciencias: ya para

proponerle sus dudas, y consultarle los casos mas apurados de sus negocios domésticos: ya para lograr por su medio el alivio en sus necesidades, y el consuelo en sus aflicciones: ya:::: ¿pero para qué molestaros, si al fin ha de ser diminuta mi enumeracion? Sí, Señores: son inumerables los que buscan al siervo de Dios, porque él los convida, y todos le encuentran lleno de dulzura, de bondad y de misericordia. Porque á todos recibe con una amable afabilidad que arrastra, y con entrañas de un Padre, que se interesa en su bien mas que ellos mismos. Porque á todos habla en el lenguage que necesitan para su satisfaccion, ó para su consuelo; y que solicitaron en vano de otros Doctores. Habla al pecador envejecido en su pecado, y sus palabras victoriosas se insinuan en su corazon, le ablandan y le conquistan. Habla á una conciencia combatida de temores y anxîedades, y al punto le inspira una apacible calma, que le aquieta y la serena. Responde á una muchedumbre de personas que le consultan sus

negocios mas intrincados; y en breves palabras les presenta una solucion adequada que desvanece sus dudas, y les tranquiliza el ánimo. Las almas justas oyen de sus labios documentos admirables que les confirma en la virtud, que les mejora el espíritu, y las aproxîma á recibir la palma. A los pecadores les convida con el perdon, y se les facilita en unos términos, que los llena de confianza; y apenas les dexa libertad para negarse á suplicarlo con lágrimas. Hasta los desgraciados, que envueltos en sus errores viven separados del gremio de la Católica Iglesia, son participantes de los benéficos influxos de este varon apostólico. El los llama para la vida christiana que habian abandonado: él los arguye con ciertos discursos llenos de fuego y de luz, á que no saben resistir; y convencidos al fin, vuelven mas de una vez al redil, de que habian desertado.

¿Pero quando yo os voy formando este quadro, pinto por ventura caprichosamente? ¡Ah Señores! yo digo, y

pronuncio, lo que pronunciaba y decia en Cádiz la pública fama. Aqui era voz general, que apenas se podia sujetar á cálculo el fruto hecho por el Sr. Barco con sus Sermones Apostólicos, y en el Confesonario: que no eran numerables los pecadores que habia convertido y conservaba en justicia: y que era crecidísima la multitud de personas virtuosas que debaxo su direccion daban rápidos vuelos en el camino de la perfeccion. Aqui se aseguraba públicamente, que la dulzura y eficacia, con que hablaba el Sr. Barco al corazon del hombre, venia siendo copia muy viva de la que tanto se admiró en un S. Francisco de Sales; y que eran muy parecidos sus triunfos, á los que se celebraron en aquel glorioso Santo. Aqui era observacion constante, que sobresalian en virtud y modestia los sugetos gobernados en su conciencia por esta diestra mano; que se distinguian entre los demas por su trato medido y circunspecto; y que ya venia á significar entre las gentes el ser persona confesada del Señor Barco, lo mis-

mo que ser persona virtuosa. En Cádiz se publicaba sin recelo, que era palpable la reforma de costumbres en sus habitantes desde que empezó el Sr. Barco á exercer su ministerio apostólico: por manera, que se le podia aplicar sin temeridad con relacion á esta Ciudad, lo que en otro tiempo dixo el Santísimo Pio V. del gloriosísimo Neri respecto de Roma: á saber: que la virtud, la piedad, y la religion de Cádiz se fundaba, y se sostenia sobre el zelo y sobre la infatigable industria del Sr. Barco. ¿Y acabaria con lo dicho aquel numeroso Pueblo la relacion de los beneficios recibidos de su insigne bienhechor? ¡Ah! y quántas otras cosas admirables nos referiria en obsequio, y para justa alabanza suya, si me tomase la palabra y continuase mi discurso!

¿Mas es posible que un hombre solo acuda á tantas partes, ó execute tantas acciones excelentes? ¡Ah! Señores: un hombre todo espiritual, revestido del espíritu de Jesu-Christo, y fortalecido por su gracia, vale por mil, y es

capaz de obrar cosas al parecer increibles. Para un alma generosa abrasada en amor divino ni hay dificultades invencibles, ni caminos ásperos que no se le allanen. El amor todo lo vence: y verdad infalible es, que puede todas las cosas aquel siervo fiel, que se halla confortado y sostenido por el brazo Omnipotente de su Dios. El varon justo negado á sus diversiones, sacrificado enteramente á la santificacion de sus hermanos, y que les sirve de guia con su exemplo, para quanto les persuade con las palabras, consigue del corazon de su próximo quanto pretende; y encuentra tiempo para inumerables cosas. Pues notad, Señores, en estos rasgos, algunos de los que forman el retrato del Señor Barco. ¿Quién no sabe, que él fue un hombre perfectamente espiritual, transformado y en un todo conforme con su vida Jesu-Christo? Su conversacion era de continuo en los Cielos, y á su espíritu solo agradaba el trato íntimo con su amado Redentor. Su corazon, á semejanza del de Agustino, estaba inquie-

to, quando no se hallaba unido estrechamente con su divino Esposo por medio de la Oracion; y por lo mismo no acertaba á separarse de este suavísimo trato. ¿Qué digo separarse? explicaba tan de lleno en su alma esta soberana comunicacion la dulzura que lleva consigo, que absorto y enagenado, como quien duerme un profundo sueño, no podia volver en sí en varias ocasiones, sino á fuerza de la violencia que le hacian sus familiares. Asi lo deponen aquellos mismos que lo vieron con sus ojos, y tocaron con sus manos. Pero viviendo el Sr. Barco tan cercano á su Dios, que es infinita caridad, ¿cómo era posible que dexase de quedar abrasado su pecho con una porcion abundante de este inmenso fuego? Lo estaba en tanto grado, que en hablando del amor de Dios, se enardecia sin libertad, y se transportaba. Ya le ocurrió alguna vez leyendo en la Misa el Evangelio de la Santa Magdalena, y al llegar á aquel pasage: *Quoniam dilexit multum; porque amó mucho:* conmoverse en términos,

que hubiera caido en tierra, á no haberle sostenido un Sacerdote alli inmediato. Y ya le ocurrieron varias, en que celebrando el Augusto Sacrificio, y despues de sumidas las especies Sacramentales, tuvo que afianzarse fuertemente sobre el Altar, para no caer de su estado. ¿Ni de qual otra raiz podian brotar aquellos resplandores que se advertian diariamente en su rostro, despues de haber celebrado; y aquella violenta palpitacion de su corazon, porque no le cabia en el pecho? Pues si el Señor Barco vivia con el espíritu de Jesu-Christo; abrasado con los incendios de su amor; y fortalecido con el poder de su brazo Omnipotente: ¿qué maravilla que obrase cosas prodigiosas en tantas personas?

Por otra parte: ¿podrá ni deberá parecer estraño, que una alma poseida y penetrada de la humildad, de la paciencia, del espíritu de la pobreza, de la mortificacion, y de las demas virtudes, las persuadiese á otros con facilidad? Ah! que quando la boca habla se-

gun la abundancia del corazon, cierto es que se explica con tal viveza y energía, que triunfa, y lleva hácia donde quiere. Pero veamos en particular: ¿fue humilde nuestro Venerable Prelado? ¡Ah! Señores: hasta el punto mas subido. No solo huía de las alabanzas, y rehusaba siempre distinciones que manifestasen su distinguida clase, sino se deleitaba por el contrario, y se gloriaba en sus humillaciones. Segun la observacion de los que le trataron de cerca, la humildad parecia serle la virtud mas genial, y como nacida consigo mismo. ¿Fue paciente y sufrido? Lo fue tanto, que apenas se le puede encontrar igual. Se vió acosado, como habeis oido, por un sinnúmero de gentes, que sin distincion de horas, y aun mismo tiempo, pretendian ser oidas en sus negocios: y lejos de negarseles, ó de manifestar algun desabrimiento, á todos los recibia con una paz y bondad inalterable. Fue insultado en varias ocasiones con injurias y baldones por los propios, y por los estraños, por personas de alta y de

ínfima esfera; pero siempre las sufrió con rostro sereno, y como si fuera insensible. ¿Tuvo lugar en su alma el espíritu de mortificacion? En sumo grado, Señores. Sabia el Señor Barco, que los que son de Christo han de crucificar su carne con todos sus resabios y concupiscencias; y lo cumplió á la letra. El castigó con teson su cuerpo, y lo reduxo á servidumbre. El grabó fuertemente sobre su cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo. El declaró á su carne una guerra sangrienta, que sostuvo hasta la muerte: y firmó el pacto de oponerse siempre á sus afectos y apetitos. ¡Quántas castas de disciplinas, quántos crueles cilicios, con que martirizaba su carne, se os podrian manifestar para vuestro convencimiento! ¿Tuvo por ventura acogida en el corazon del Señor Barco la pobreza christiana? ¡Ah! Señores: él fue pobre hasta el extremo de verse desnudo por cubrir á otros. Publíquelo aquel insigne Prelado de la Santa Iglesia de Cádiz el Illmo. Señor D. Fr. Tomás del Valle, justo aprecia-

dor y admirador de sus virtudes, que tuvo en cierta ocasion que surtirle de ropa interior, porque habia alargado la suya á pobres, y carecia de medios para hacerse otra.

Mas al fin, ¿cómo encontraba tiempo bastante nuestro Héroe para asistir á tantos y en tantas partes? porque ninguno tenia reservado para su descanso, ni aun el preciso en varios dias para su sustento. Fueron muchos los que pasó enteros sin desayunarse hasta por la noche. No, no busqueis jamás al Sr. Barco en los paseos, entre las diversiones, ni en casas particulares. Mal dixe. *Sí*: buscadle, y le encontrareis en muchas casas, en donde hay enfermos, á quienes asistir y auxîliar, ó discordias intestinas que extinguir y componer. El Coro de su Santa Iglesia; los Púlpitos y Confesonarios son el centro, donde reside este varon justo. Algunas veces se le verá salir de Cádiz con direccion á la Real Isla de Leon, ó hácia la Villa de Chiclana. ¿Pero con qual objeto? con el único, Señores, de visitar dos

Casas de Religiosas exemplares. Dos relicarios, digo, de virtud plantada y regada en la mayor parte por su diestra mano. Va con el fin de confirmar en ella á sus hijas espirituales, y disponer en sus corazones nuevos ascensos á la perfeccion propia de su instituto. ¡O varon verdaderamente Santo: y de quantas maneras acreditas que tú no vives sino por Christo, y para beneficio de las almas, que su Magestad tanto ama! Desgraciado yo, porque me falta tiempo y talentos para seguir vuestros pasos, y para poner á la vista de mis oyentes, quanta fue vuestra angélica pureza; quanta vuestra modestia bien conocida á todos los hombres; quanta vuestra inimitable templanza; quanto el número sinnúmero de virtudes preciosas que adornaron vuestro espíritu. Dichosa tierra la que posee tanto tesoro: y se halla en el pacífico goce de sus inapreciables riquezas.

IV.

Pero ah! que la Providencia dispone el trasladar tanto bien á otros poseedores; y que pase el Siervo de Dios á santificar otro suelo. El Señor quiere colocar esta lumbrera en los primeros Candeleros de su Iglesia; y que el Sr. Barco entre á la sucesion del Apostolado. Mueve á este fin el corazon del inmortal Carlos Tercero, é inspira á el religioso y sabio Monarca que le presente para nuestra Iglesia de Salamanca. Novedad sensible en extremo, quando la entienden, para los Ciudadanos de Cádiz. Ella les va á privar del mejor Padre, y á dexarles en la horfandad mas amarga. ¿Cómo pues, podrán sufrirla en paciencia, ó mirarla con ojos enjutos? Ellos celebrarán sí, la elevacion de su insigne bienhechor; pero al fin la celebrarán con abundancia de lágrimas. Lloran en efecto tamaña pérdida: pero en ello no hacen mas que acompañar á su buen Padre, quien anegado en llanto ni acier-

ta á resolver la separacion de sus amados hijos, ni le basta el ánimo para abandonar aquel retiro de su Congregacion, en que habia consentido morir; y en donde lograba su alma las mayores delicias. El medita y reflexîona la noticia de hallarse nombrado para la Mitra de Salamanca: y lejos de engreirse, ó envanecerse, saca por resultado de sus reflexîones la renuncia de la sublime Dignidad que se le ofrece. Quanto mas desentraña el asunto á las luces de su humildad, tanto mas inepto se contempla para el desempeño del alto ministerio. Vive cierto de que no lo ha solicitado: circunstancia, que podia persuadirle el que la eleccion era dictada por el Cielo: que era á conseqüencia llamado como Aarón, y que no usurparia el honor, aunque lo admitiese. Con todo: insiste en la resolucion de su renuncia, porque se representaba con la mayor viveza el exemplar del desgraciado Saul, llamado y elegido por Dios para el Cetro de Israel, y al fin reprobado por su mala correspondencia: y

porque siempre resonaba á sus oidos la doctrina uniforme de los Concilios y Padres, que declara la carga del Obispado por temible á los mismos Angeles; y define, que la santidad y perfeccion de los que aspiran á llevarla dignamente, ha de ser la mas acendrada y eminente. Aquella sentencia del Chrisóstomo: el Obispo ha de responder á Dios hasta del alma que habita en el rincon mas retirado de su Obispado; le abrumaba y le hacia estremecer. El Señor Barco comprehendia toda la fuerza de aquella frase del Apostol: el Obispado es *obra buena*: y no encontrando en sí toda aquella virtud, zelo y sabiduría que pide para su puntual desempeño tanta bondad; calificaba de temeridad el estender su mano inconsiderada, para recibir encargo tan dificil. Yo soy indigno; concluye, yo debo desengañar al Soberano sobre mi inutilidad: yo debo renunciar la Mitra.

Asi lo hizo. Formalizó su renuncia, y la puso á los pies del Trono. Pero él trabajó en vano, porque de nuevo

se le ordena por el Soberano, que admita el Obispado. Aqui se redoblan las angustias de su ánimo, porque ya ve como inevitable la aceptacion del ministerio Pastoral; y aun llega á temer, si su porfiada resistencia será desagradable al Cielo. Humilla su cabeza: venera los juicios inescrutables de su Dios: abraza con humildad su soberana disposicion: y resuelve el venir á nosotros. ¡Qué fortuna, Señores! ¡Quanta es ya nuestra buena suerte! Desde ahora ya no piensa el Señor Barco, sino á cómo acelerar sus pasos para acercarse quanto antes á su nuevo rebaño. Acalora para el intento sus disposiciones: se arranca de aquella tierra, donde su corazon habia echado tantas raices: y llega á Salamanca la voz, de que ya le tenia á sus puertas. Vosotros sabeis, quanto fue nuestro regocijo, quando le vimos en medio de nosotros con un semblante amable, en cuya frente venian escritas la paz, la afabilidad, la dulce beneficencia, y todas las fieles contraseñas de un enviado del Padre

Celestial, que venia á nosotros en nombre de Dios, y en calidad de verdadero Discípulo de aquel, que vino á la hija de Sion lleno de mansedumbre. ¿Pero quanto creció nuestro gozo, quando fuimos observando, que nosotros formabamos todo el suyo: que nos miraba y apreciaba como á corona suya: que nos llevaba en sus entrañas como á hijos amadísimos: y que explicaba en nosotros su bondad efectos mayores de los que habian concebido nuestras esperanzas? ¿Quando fuimos experimentando, que los inciensos ofrecidos al pie de su Solio no hinchaban su corazon: que el brillo y esplendores de la Dignidad no le deslumbraban: y que los nuevos honores no obraban en su Illma. la impresion sobrado freqüente de mudar sus costumbres?

Sí, Señores: ningun menoscabo padeció la acrisolada virtud del Sr. Barco en medio, y con ocasion de su elevacion. Uniforme él, y constante en su método de vida irreprehensible, se conservó entre nosotros tan humilde, tan

moderado, tan pobre, tan sufrido, tan humano y accesible, tan sencillo y tan recto, tan lleno de amor de Dios y de su próximo, como lo estaba, y lo era entre sus amados Gaditanos. Sí: todos encontrabamos en su Illma. aquel varon prudente, sobrio, púdico, misericordioso, y adornado de todas las virtudes que debe ser, segun la descripcion del Apostol, todo Obispo de la Iglesia Católica, para no deshonrar su augusta Dignidad. ¿Pero digo lo bastante en obsequio de la verdad, quando os aseguro que el Señor Barco conservó sin quiebras la virtud que poseía antes de su Consagracion Episcopal? No por cierto, Señores, no por cierto. El Santo Prelado, recibida la nueva imposicion de manos, creyó, y con razon, que habia contraido mayores obligaciones, en orden á rectificar mas sus costumbres, y á llevar á grados mas subidos sus virtudes: y se propuso llenarlas, en quanto le fuese posible. Se propuso, digo, negociar para su espíritu aquellas mayores luces, que pedian los negocios,

sangrienta, que castiga y hiere con ferocidad. Aquel zelo irritado, que quisiera hacer baxar fuego del Cielo para consumir los pecadores. Este zelo bastardo no cabia en su corazon benigníssimo. Sabia él muy á fondo, que esta casta de zelo era muy agena del espíritu de aquel amantísimo Redentor, que vino, no á perder sino á salvar los pecadores. Sabia que este zelo indiscreto, que arrebató en cierta ocasion á los discípulos San Juan y Santiago, les mereció del Soberano Maestro una reprehension muy severa. ¿Pero se le podrá disputar al Señor Barco aquel zelo manso y benigno, que solicita el reconocimiento y enmienda de los delinqüentes por medios suaves que se insinuen en su corazon, que los atraiga y no los irrite? ¿Aquel zelo amoroso, que animaba al mansísimo Moysés, quando interpuesto entre Dios y su Pueblo idólatra, clamó con vehemencia y arrogancia Santa: ó perdonadle, Señor, al Pueblo este pecado, ó borradme á mí de vuestro libro? ¿Cómo se lo hemos de disputar, los que

le vimos tantas veces en este sitio deshacerse, para separarnos del camino de la perdicion; para introducirnos en el sendero de la virtud; y para inspirar en nuestro pecho el fuego de amor que ardia en el suyo? ¿Los que le oimos clamar, como á otro Chrisólogo, hasta enronquecer, para despertar á los aletargados en su pecado? ¿Los que le vimos cubrirse de sudor, y hacer lenguas de todos sus miembros, para persuadirnos la importancia de nuestra salvacion, y para convencernos de las ansias con que nos la deseaba? ¿Los que le vimos irse exhalado hácia los pecadores para acariciarlos, y para ablandarles su endurecido corazon con sus calientes lágrimas?

¿No os acordais de las infinitas que vertieron sus ojos, á causa del sacrílego atentado del robo de las Sagradas Formas: y de los mil modos eloqüentes, con que desahogó su pecho afligido, y manifestó la amargura amarguísima que le oprimia? ¿No conservais memoria de la heroica deprecacion que hizo entonces á Dios, receloso de que sus pecados

fuesen la causa de tamaña desgracia? ¿No recordais que clamó, y dixo con un fervor extraordinario: ¡Ah Señor! Si yo soy el Jonás que motivó esta desecha tempestad, arrojadme al mar: echadme fuera de esta tierra que yo inficiono, y que padece por mi culpa? Por lo que á mí toca, os confieso que jamás se me borrará la idea del Venerable Prelado en el acto del Lavatorio del Jueves Santo, quando se le veía lavar los pies de los pobres, mas bien con las aguas de sus ojos, que con las contenidas en la bacía: y quando pasando, concluida la tierna devota ceremonia, á cantar las Oraciones correspondientes, se observaba que no podia á pesar de sus esfuerzos, porque el llanto y la ternura le tenian embargado el pecho, y anudada su lengua. Pues decidme ahora: ¿un corazon que desfallece y se carcome, porque ve la honra de su Dios vilipendiada: unos ojos que se resuelven y desatan en torrentes de aguas, porque observan á los pecadores descaminados, y enemigos declarados de la Ley Sacro-

santa: un varon justo, que enardecido, qual otro David, puede tomarle sus palabras, y cantar con él para su desahogo: *Vidi praevaricantes, et tabescebam:: Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam*: pueden ofrecer mayores ni mejores pruebas de una ardiente caridad, y de un abrasado zelo?

¿Y es lo dicho el único testimonio que lo acredita? Prescindamos por ahora de otros, y hagamos solamente uso del que nos suministra el Real Seminario Conciliar. El Señor Barco, á pesar del amor propio, cuya ambicion encuentra poca gloria, y aliciente en promover obras agenas; adoptó esta Real Casa, domicilio ya de letras y de virtud: la distinguió con su especial prediccion: y la fomentó con unos favores, que no los hubiera recibido mayores de su Excmo. Fundador. El robusteció esta tierna planta con su declarada proteccion, sin cuyo apoyo hubierase acaso marchitado, ó enflaquecido. ¿Mas qual pensais fue la causa que llamó su aten-

cion, y le movió á concederle tanta gracia? Vuestro bien, Señores: La conocida utilidad que comprehendió habia de resultar á su Obispado, de afianzar mas y mas esta ventajosa fundacion. La felicidad espiritual, y aun la temporal de los Pueblos depende, como de cimiento fundamental, de tener confiado el gobierno de sus Parroquias á Ministros idoneos, dotados de probidad é instruccion. ¿Pues qual oficina, concluía en su ánimo su Illma., mas oportuna para formarlos, que el Seminario Conciliar? Luego obligacion mia es el protegerlo, para asegurar á mi Obispado tantas ventajas. Estas eran, Señores, el grande objeto que inflamaba de continuo su caridad, y el amor santo que os tenia: y el que le sugirió pensamientos oportunísimos para mejorar vuestro gobierno: pero pensamientos, cuya execucion no le permitian ciertas críticas combinaciones. Pensamientos, que llevaba siempre atravesados en su corazon: y que le obligaron á resolver, viéndolos frustrados, la dimision de la Mitra;

y el solicitar con esfuerzo su regreso, qual otro Pedro Celestino, á las delicias de aquel su amado retiro del Oratorio, que nunca habian dexado de ser el poderoso imán de su voluntad. Asi me consta lo tenia premeditado el Señor Barco, porque en la estimacion de su entrañable zelo por el bien de vuestras almas nada valia el báculo Pastoral, no habiendo de ceder en vuestra mayor utilidad. ¡Qué exceso de ferviente caridad!

¿Pero os parece que la caridad que fue tan oficiosa en beneficio de vuestras almas, andaria perezosa en acudir pronta al remedio de vuestras necesidades corporales? Es preguntar: ¿Fue caritativo y misericordioso el Señor Barco? Ah Señores! Este rasgo de la vida exemplar de S. Illma. merecia un elogio entero: y yo lo he reservado con estudio para quando debo ya cerrar mi discurso; porque desde luego me hice cargo, de que no me era posible hablaros de él con la extension y oportunidad debida. Mi consuelo es, que son infinitos

los panegiristas que tiene, y que harán empeño en publicarlo. Preguntamos, ¿si fue misericordioso el Señor Barco? ¿Tienen por ventura número sus misericordias? ¿Es acaso numerable la muchedumbre de hambrientos, á quienes sació su hambre; y de desnudos, á quienes abrigó sus carnes? ¿Hubo alguno que se escondiese del calor de su caridad? Ah! y quantos son los que podrian presentarse á nuestra presencia, mostrándonos los vestidos con que los socorrió; y clamando agradecidos: *Hac nos veste contexit:* Con esta vestidura nos cubrió el misericordiosísimo Señor Barco! ¿Pero qué otro porte menos generoso se podia esperar de un espíritu ilustrado, á quien no se ocultaba la falacia engañadora de las riquezas; y que comprehendia que ellas eran en su fondo espinas molestas para sus amadores? ¿De un corazon desprendido no solo hasta el punto de no irse tras del oro, siguiéndole con paso veloz, sino liberal hasta el extremo de huir y rechazar el oro mismo, quando se le queria poner

en sus manos? El Señor Barco podia haber satisfecho á su deber con repartir á los pobres sus sobrantes; pero esto era generosidad muy escasa para contentar su eminente caridad. El partió su pan, y lo alargó al hambriento. Esto es: se quitó para darlo el bocado de su boca. El repartia quanto habia á la mano. ¿Pero cómo? con la mayor alegria y complacencia. El Señor Barco tenia tanta fruicion en expender, como los avarientos en atesorar. Su ingeniosa caridad traslucia en cada pobre á su amado Jesu-Christo, y sabia que quanto hacia con qualquiera de aquellos pequeñuelos, lo recibia el Señor como favor hecho á su misma persona. ¿Qué estraño que quisiese darles su corazon y sus entrañas? Para S. Illma. era una pesadumbre muy sensible el no poder remediar completamente todas las necesidades. El saber que algunas eran socorridas por mano agena, era un tormento para su caridad, como lo fue en otro tiempo para la caritativa Santa Paula. ¡Dichosos pobres los que vivian á la

sombra de Padre tan misericordioso!

¡Mas ah! que de repente nos amenaza una fatal desgracia. Quando nuestro Ilustrísimo gozaba al parecer la salud mas robusta: y todos nos prometiamos largos y felices dias baxo de un gobierno el mas suave y el mas tranquilo: se esparce el rumor, de que se hallaba enfermo nuestro amable Prelado. ¡Pero qué pena la nuestra, quando llegamos á entender, que la primera noticia de su enfermedad venia junta con el triste anuncio de su muerte ya quasi inevitable! Ah! y quan cierto es que hubiera quedado libre y salva del inminente riesgo la preciosa vida de nuestro amado Padre, si á cada qual nos hubiera sido permitido alargarle parte de la nuestra! La indisposicion de S. I. pareció ligera en su principio: pero ella manifestó de golpe toda su malicia; y escribió con caractéres sobrado inteligibles, que iba á causar el último estrago. Muchas manos piadosas se levantaron al Cielo en medio de aquel conflicto, para detener el fatal golpe; pero no

convenia el que fuesen oidas tantas súplicas. El peligro execùta por momentos: y se hace indispensable darlo á entender al Venerable Prelado, para que se prepare, y reciba los Santos Sacramentos. Recibe el aviso con la mayor serenidad; y responde lleno de conformidad y santa confianza: Hagase en todo la voluntad de Dios: tiempo ha por su misericordia, que estoy preparado para este lance: deseo con ansia recibir los Santos Sacramentos, y pido que se me administren al instante. Si el supremo Juez llama á mi puerta, por medio de una enfermedad peligrosa y executiva, heme aqui dispuesto á abrirle sin tardanza, y salirle al encuentro animado de alegres esperanzas. ¡Qué consuelo, Señores: quanta edificacion para nosotros! Recibe en efecto su Illma. los Santos Sacramentos con un fervor envidiable: y fortalecido con estos divinos auxîlios, se fue acercando aquel instante, que tanto deseaba de desatarse de su cuerpo, y estar con su vida Christo: y dentro de pocas horas entregó

plácidamente su alma en manos de su Señor. ¡Quan dulces son los dexos de la virtud! ¡Quan preciosa la muerte del Justo! Murió, Señores, el Señor Barco. A esta voz sensibilísima como que enmudecieron todos: y solo hablaron los ojos de inumerables, vertiendo copiosas lágrimas. ¡Con quantas, con quantas mezcladas con sollozos y ayes levantados fue regado su feretro, quando iban catervas de gentes á verle y llorarle de cuerpo presente!

Murió el piadoso Señor Barco. Sí: nos privó el Señor, justamente indignado contra nosotros, de este pacífico Othoniel, porque no le mereciamos. ¡Quanta pérdida para nosotros! Gracias al Cielo, que compadecido de nuestra desgracia nos ha enviado un pronto y completo consuelo en la dignísima persona del Illmo. Prelado que actualmente nos gobierna, y de cuya bondad tenemos ya tan repetidas pruebas.

Perdimos al benigno y misericordioso Señor Barco. Pero no, no le perdimos. Su dichosa alma ha mejorado de

suerte, conmutando su habitacion terrena, y combatida de miserias, por otra toda Celestial, y acompañada de felicidades: y ademas, nos queda su vida exemplar para regla y modelo de la nuestra. Me complazco en repetiros que no hemos perdido á nuestro amado Señor Barco, antes por el contrario me aseguran esperanzas ciertas, que se halla á la presencia del Rey de los Reyes empuñando palmas inmortales. El fue sin disputa pobre de espíritu: manso y humilde en extremo: misericordioso en sumo grado: sus amargas lágrimas por los extravíos de los pecadores, continuas: su hambre y su sed por la justicia, extraordinaria: su limpieza de corazon rayó en angélica: ¿Pues quién de los Christianos ignora, que está prometido con promesa inviolable al alma dichosa dotada de tales preciosas qualidades el goze del Reyno de los Cielos: la posesion pacífica de la tierra de los vivientes: un consuelo eterno: la hartura suavísima; y la vista clara del Dios infinitamente bueno?

Mas si por ventura, á pesar de nuestras fundadas esperanzas, y en virtud de los juicios del Señor, temibles é inapeables, necesita todavia la de nuestro piadoso Prelado el sufragio de nuestras Oraciones, para entrar en posesion de la Corona de la Gloria: Todos, buen Dios, todos las humillamos á vuestras plantas, y os suplicamos con instancia y con fervor, apoyados en el precio infinito de la Sangre del Cordero inmaculado que acaba de inmolarse, os digneis conceder vuestra misericordia á aquel que dispensó la suya á tantos necesitados: dar parte en los premios eternos á aquel que la tuvo tan grande en los trabajos por la salvacion de las almas; y hacer coheredero de Jesu-Christo á aquel su fiel siervo, de cuya vida fue el adorado Redentor toda el alma. Amen.

REQUIESCAT IN PACE.